



FERRAN TORRENT

**Gracias por
la propina**

Ferran Torrent

Gracias por la propina

Traducción de Enric Benavent



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ferran Torrent, 1995, 2020

© de la traducción, Enric Benavent, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 1995, 2020, 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Joan Colom, de la serie Distrito 5º (c. 1960), MNAC, depósito de la Generalitat de Catalunya, Colección Nacional de Fotografía, 1999. © Joan

Colom, VEGAP, Barcelona, 2020. Reproducción fotográfica: MNAC, Barcelona.

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2022

Depósito legal: B. 18.795-2022

ISBN: 978-84-233-6245-5

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

1

Soy Ferran Torres y me masturbé por primera vez cuando tenía nueve años. En realidad fue solo un intento, ya que el desmañado empeño onanista me produjo una irritación en el glande y una notable hinchazón del pene. En sí mismo, el hecho no tiene mayor importancia, pero lo recuerdo porque sucedió la víspera de mi primera comunión; objetivamente, uno de los días más desgraciados de mi vida. El origen del infortunio hay que buscarlo en la ligereza comunicativa de mi hermano, impecable e implacable, sujeto voluntario a través del cual mi madre tuvo noticia de la transgresión... llamémosla física, teniendo en cuenta la edad.

Se llama Pepín; a pesar de eso, hoy se le conoce como Josep Torres, ya que no le parece adecuado firmar con el diminutivo familiar la subdirección del periódico donde trabaja. Para mí siempre será Pepín, aunque llegue a consejero delegado del *Washington Post*. Yo soy el mayor —el *xiquet*, como se llamaba

antes al primogénito varón— y tuve que cargar con las faenas más pesadas que nos asignaban, aunque era más bajito y enclenque. A mí me correspondía sacar agua con una bomba manual. Para llenar el depósito tenía que dar unas seiscientas vueltas más o menos al mango de la bomba, un aparato circular y de sonido monótono que te chirriaba en el cerebro. No teníamos padre; no lo llegamos a conocer: murió al poco de nacer Pepín. Por lo que se ve en el álbum de fotos, y por lo que después nos contaron, mi padre tenía una fisonomía que, en lo que respecta a las apariencias, era un reflejo exacto de su carácter: alto, pero flaco y débil, falto de espíritu emprendedor, la cara habitualmente bronceada y el cabello plateado; parecía Richard Widmark ante un duelo irremediablemente perdido. Todo en él sugería una derrota crónica. Cada día de su vida fue una lucha inútil contra la enfermedad pulmonar.

No había, pues, un hombre en casa, y mi madre se apresuró a inculcarnos desde muy pequeños el valor de la responsabilidad subsidiaria, aunque ponía más énfasis en mí que en mi hermano. No pasábamos penurias económicas, pero el lujo destacaba por irrisorio. Íbamos tirando con la exigua pensión de viudedad, la ayuda del abuelo y de los dos tíos, una pequeña extensión agrícola en manos de aparceros y la cría de cerdos, gallinas y pavos de la que se hacía cargo mi madre con nuestra ayuda esporádica.

La víspera de la comunión, mi madre iba de cabeza preparando el acontecimiento en casa del abuelo. De allí, una casa más grande y céntrica, saldría yo vestido de marinero camino de la iglesia. Mientras

tanto, nosotros permanecíamos en casa con la obligación de bombear el agua. Cada vez que llenábamos el depósito, mi madre me pagaba un duro; por el mismo trabajo, yo pagaba a Pepín dos pesetas, cantidad que él consideraba abusiva y yo generosa.

Aproveché la ausencia en casa de la autoridad moral para obligar a mi hermano a ponerse manos a la bomba mientras yo me encerraba en el lavabo dispuesto a poner las mías en otro lugar en principio más adecuado. Ciertamente no es la víspera de la primera comunión el día más apropiado para masturbarse, pero, niño e ingenuo como era, estaba convencido de que el pecado estaba incluido en la absolución con que el cura me había inmunizado unas horas antes. Disquisiciones espirituales al margen, me moría de curiosidad por hacer lo que con tanta dureza se condenaba. Pero tanto entusiasmo y tan poca experiencia no me condujeron al placer que intuía, y mi pene, tierno y primerizo, acusó el exceso.

Espantado, salí del lavabo para explicar a mi hermano el problema que traía entre manos, enrojecido y pomposo. No solo no me tranquilizó sino que aún me asustó más, justo en el momento en que mi madre abría la puerta. Rápidamente me abroché el pantaloncito y corrí a bombear agua con un escozor agudo en mis violentadas partes.

El incidente no habría sobrepasado los límites de una molestia física si él, Pepín, no hubiera infundido tanta inquietud sanitaria a lo que no era sino un asunto estrictamente personal.

—¡Madre, el «tete» tiene el pito hinchado!

—¿Qué te pasa? —quiso saber mi madre.

—Nada —le respondí, mientras me aferraba al mango de la bomba, más duro y compacto que el mío.

—¡Se lo estaba meneando! —insistió Pepín, para que no quedaran dudas.

En aquel tiempo, las mujeres entendían muy poco de la compleja relación entre un niño hiperactivo y la atención psicológica; por lo tanto, era un contundente curso de recursos: mi hermano, que andaba más cerca, recibió el primer sopapo. Después a mí, dos. Y agradecido: me evitó, de rebote, el complejo de Edipo infantil.

—¿Es verdad lo que dice Pepín?

Sopapo.

—¡Contesta, bandido!

—Yo... yo...

—¡Sinvergüenza, que estás hecho un sinvergüenza! —exclamaba, incrédula, bajándome los pantaloncitos. Pero al ver el estado en que tenía el pene se llevó las manos a la cabeza—. ¿Qué te has hecho?

—¡Se la ha meneado!

Era loable el esfuerzo de Pepín por hacerse entender. Mi madre, escandalizada, le arreó de nuevo.

—¡Me lo ha dicho él!

—¡Mira que decirle eso! ¡No tienes vergüenza!

—¡Le he dicho que me había rascado! —protesté.

—¿Con qué cara irás mañana a tomar la comunión?

Aunque la tuviera marcada, no era la cara lo que me preocupaba. El problema lo tenía entre las piernas, con un escozor que subía de intensidad según pasaba el tiempo. Por fortuna, mi madre antepuso la

prevención médica a la virtud moral y, tras limpiarme las manos y las rodillas —junto con los testículos y el bajo vientre—, me llevó a la consulta de don Eulogio.

Los médicos rurales eran personas ociosas que despachaban enfermedades rutinarias. A pesar de eso, disfrutaban de un éxito espectacular cuya causa radicaba, posiblemente, en la sabiduría que les atribuía una clientela de escasas exigencias. Era don Eulogio un individuo alto y robusto; de mentón huido y boca contrahecha por la parte de abajo, poseía una mirada insensata que subrayaba un ademán imperioso. De trato sencillo, diagnosticaba con explicaciones singulares, y a menudo, mientras observaba a los pacientes, tarareaba pasodobles en voz baja, unas veces entonando la letra y otras imitando el sonido de un instrumento. En los pueblos valencianos siempre ha habido una gran afición por la música; don Eulogio era un fan empedernido, como casi todos los demás. Disfrutaba de un reconocido prestigio en la comarca, por su experiencia y, sobre todo, porque en la consulta —amplia, luminosa, limpia— disponía de un aparato de rayos X, viejo y oxidado, del que extraía unas radiografías tan oscuras que era imposible sacar otra conclusión que no fuera el habitual «deja de fumar y de beber», aunque el presunto enfermo luciera una actitud rabiosamente abstemia.

Al entrar en la consulta, encontramos a don Eulogio limpiando con alcohol unos utensilios.

—Buenos días, don Eulogio.

—Buenos días. ¿Qué hay, Eugenia?

—Mire..., el niño tiene sus partes hinchadas.

De pequeño me llamaba la atención que a los cojones les llamaran «partes» y al resto del cuerpo, «organismo». Lo comprendí el día en que conocí a la primera mujer: el pene, en efecto, es un problema aparte. El problema.

—Bájale los pantaloncitos y siéntalo —ordenó don Eulogio.

Mi madre me hizo sentar en un taburete metálico, cuyo contacto frío se me incrustó en las nalgas. Entonces don Eulogio se puso en cuclillas y, apoderándose con deferencia de mi pene, lo examinó superficialmente con la mirada mientras canturreaba: «*Manolete, Manolete, si no sabes torear por qué te metes. / Manolete, Manolete, si no matas una rata en un retrete*».* Repitió las estrofas un par de veces.

—Tiene una irritación —dijo.

—¿Cómo ha sido?

—No creo que se lo haya hecho caminando —dijo con sorna don Eulogio—. Le pondremos un poco de pomada y listo.

Extendió por el glande y por la piel del pene una pomada que me alivió el escozor. Después añadió una ramita de perejil envuelta en algodón en rama y me subió los calzoncillos para sujetarlo. Cuando me puso los pantaloncitos, mi madre aprovechó la consulta:

—Don Eulogio, este niño ni crece ni engorda.

—¿Come bien?

—Sí.

* En cursiva, los diálogos en castellano en el original. (N. del t.)

—Es de mala ralea —suspiró—. Las personas son como los cochinos: los hay que con cuatro bellotas sacan buen jamón y los hay que no medran ni hartos de Sanders.* Pero tú no te preocupes, que a lo mejor dentro de un tiempo da un estironcito.

Siempre he sido de la opinión de que, en aquella época, la diferencia entre un médico y un veterinario estribaba en el paciente. Fuera como fuese, he guardado un profundo y público agradecimiento a la figura y obra de don Eulogio. El margen de confianza que otorgó al hecho de que uno u otro día podía «dar un estironcito» mantuvo afilada mi esperanza hasta que acabé la mili, a los veintitrés años, una edad en la que los «estironcitos» no suelen prodigarse.

Sin embargo, lo peor de aquel día aún estaba por llegar. De vuelta a casa, mi madre me obligó a confesarme de nuevo, pero renunciando a acompañarme para eludir las responsabilidades que, como tutora moral, tenía ante el cura. Don Mariano, que así se llamaba el intermediario entre Dios y el pueblo, era un sacerdote cuyas propuestas religiosas adolecían de realismo. Teólogo maximalista, exageraba la relación entre pecado y penitencia hasta extremos desmedidos: a duras penas diferenciaba entre pecados veniales y mortales; para asegurarse de que todo el mundo cumplía con el cilicio de oraciones que imponía, había instalado el confesionario frente a la capilla lateral a la que enviaba a los feligreses a exculparse. De aspecto homosexual (y maricón era),

* El pienso preferido por los cerdos de la época. (*N. del a.*)

apestaba a Celtas cortos. La cara de color sepia, el pelo casposo y planchado, la sotana brillante por los roces y los dedos de la mano izquierda manchados de nicotina, don Mariano decretaba ética con semejante estética.

Convicto y vencido, las piernas me temblaban al acercarme al confesionario que, en la víspera del Corpus, estaba asediado por mujeres de edad a la captura de una parcelita en el paraíso. Si no recuerdo mal, las mujeres se confesaban por los laterales y los hombres por delante, cara a cara con el cura. Mientras esperaba mi turno intentaba preparar una estrategia, aun a sabiendas de las dificultades para convencer a un hombre de la parcialidad moral de don Mariano. Pero no tuve el tiempo suficiente, puesto que todo eran mujeres y las colas se guardaban por riguroso orden sexista.

—Tú ya estás confesado —dijo con tono enérgico, un poco nervioso tal vez por el estrés del exceso de trabajo.

—Es que antes he olvidado un pecado.

—¿Mortal o venial?

—Mortal, creo.

Me propinó un sonoro cogotazo (era invertido y controvertido), y no sé si lo hizo para castigarme por mi amnesia o por el tamaño del pecado. Me confesé al tiempo que él me retorció una oreja y, una vez absuelto, me levanté mientras las viejas me repasaban con miradas acusadoras, como si fuera un psicópata. Salí de la iglesia con la conciencia cristiana y el físico maltrecho. Para mí, complementar la dualidad constituyó un gran problema que finalmente

resolví inclinándome por el cuerpo en detrimento del alma.

Un magnífico día que tuvo su continuación al siguiente, vestido con pulcritud marinera, con la nuca apuntalada, la oreja enrojecida y una minga francamente vegetariana. Y don Mariano poniendo la guinda: «¡Hijos míos, hoy es el día más feliz de vuestra vida!», exclamó con eufórica pedofilia desde el altar, mientras los niños entrábamos en el templo. La terapia que me aplicaron tuvo resultados positivos: pasaron semanas antes de que me atreviera a tocarme el pene, ni siquiera para mear con comodidad.